

ANDRE PIERRE-LOUIS

MONCHOACHI

Por: Rosalia Cortés R.

UNA ABUNDANTE producción ha caracterizado durante los últimos diez años la vida cultural de Martinica (Antillas Francesas) en las letras, las artes plásticas, el teatro y la música.

En el ámbito de la literatura crece así una lista ya importante de escritores de esta lista caribeña, de los cuales Aimé CESAIRE y Edouard GLISSANT son los más ampliamente conocidos.

Parte de esa maravillosa eclosión cultural son el pensamiento y la obra de André Pierre-Louis, quien, independiente (pues sólo reconoce en él la influencia del guadalupeño Sonny Rupaire), es un destacado representante de esta reciente y rica producción literaria.

Su búsqueda infatigable de la identidad del hombre antillano lo ha llevado a remontar la historia no sólo de sus raíces africanas, sino del origen amerindio, cuya huella se ha empeñado en rescatar. No por azar su nombre literario, MONCHOACHI, es el del legendario caribe que unido a los esclavos negros combatió al colonizador.

Reflejo de esa búsqueda, casi mística, son no solamente sus temas; lo es en gran medida el reto que se impuso al utilizar su lengua criolla ancestral, el "créole", para expresar no sólo la belleza sino la abstracción, capacidad que le era negada aún en algunos medios intelectuales.

Son testimonio de su depurado y exquisito trabajo alrededor de la lengua, las tres etapas de su creación poética: En la primera escribe en criollo íntegramente. Son sus obras, *Disidans*, *Compé Lawozé* y *Bel-bel zobel*, portadoras de reflexión política, de historia de su país y de tradición oral, respectivamente.

Su segunda etapa, la de *Mantég* y *Nostrom*, producciones bilingües en francés y en criollo, es la del profundo humanismo, la de los orígenes, la de la autenticidad.

En su obra más reciente, *Nuit gagée*, seguida de un poema corto, "*Pays gagé*", criollo y francés están imbricados no con el fin de lograr efectos estilísticos, sino como lo están en el corazón y en la vida cotidiana de ese pueblo antillano. Se trata entonces de un viaje al interior de la lengua, que debe ser escuchada, como la noche, al abrigo de todo ruido.

Profundamente enraizada en la cultura antillana, la poesía de MONCHOACHI, nacida de profundas reflexiones, está llena de historia, de tradición, de ecos africanos y de realidades americanas, de dolor y de esperanza*. En su canto se reúnen las más bellas sonoridades del cuento tradicional y la expresión del más puro lirismo.



* André Pierre-Louis nació en 1946 en la ciudad de Saint-Esprit, Martinica. Hizo estudios secundarios en su isla natal, en el Liceo Schoelcher de Fort-de-France y su carrera de filosofía en la Universidad francesa de Burdeos. Como director actual del centro de la cultura de la ciudad de Marín, organizó el coloquio internacional "El amerindio y el mar".

Algunas de sus obras han sido publicadas por las editoriales Gallimard y Editions Caribéennes, en París; *Nostrom*, del cual aparecen aquí tres poesías, es, en el cuento, el hombre antillano.

“INVOCACION”

DE NOSTROM*

Gentes de aquí, gentes del otro lado del mar,
gentes de todas partes y de todas las riberas,
gentes de más allá de la noche, gentes de más allá de la muerte,
gentes de lluvia y de luna,
gentes del silencio y de la memoria,
gentes de la errancia, gentes de la presencia ausente,
gentes del cuento y del sueño
gentes del sereno y de la mitad de la noche,
gentes de antaño, gentes de los abismos,
gentes de la máscara, gentes del signo,
gentes del secreto y de los olores maléficos,
gentes de de la hermosa palabra, gentes de la parábola,
gentes de la promesa,
gentes de la búsqueda,
gentes del rito, gentes del resurgimiento,
gentes del enigma, gentes del presagio,
gentes de revelación, gentes de audiencia,
gentes de alianza, gentes de unión inquebrantable,
gentes de la metamorfosis, gentes de las noches sin luna,
gentes de los manglares y de las llanuras donde cantan los grillos,
gentes de los países coronados de espuma y de algas,

henos aquí,
pero antes de nosotros estaba la palabra...



* Editions Caribéennes, Collection texte poétique, París, 1982.

II. SORTILEGIOS

Los del velorio
levantarán su guardia al alba.
Al salir,
se lavarán el rostro
y enjuagarán su boca
con el agua de lluvia que un niño descalzo
en el umbral
verterá en sus manos.

Pero en la noche allí presente todavía,
crece la palabra.
Y mientras ella crece,
todas las cosas se juntan e intercambian
y se elevan:
la carne y el azufre,
el ojo de luna,
el cristal de la tierra negra,
las rampas del navío,
las luces de la ensenada,
los clamores de todas partes que encallan en la orilla,
la mujer que da a luz y el dolor y la sangre,
y el látigo tutelar,
piedra sobre piedra, muerte tras muerte,
enlazados en un canto de vida una y sin fin.

Los del velorio levantan su guardia al alba.
Al salir
se lavan el rostro y enjuagan su boca
con el agua de lluvia que un niño descalzo
en el umbral...

Allí, el día está afuera.
Y de sólo soñar con la uva de mar
la boca del niño saborea una sonrisa.
!Amigos! por no saber morir, es que morimos.
Hemos desgastado las palabras y el discurso.

Otras máscaras aún, otras máscaras
errando por los sueños, errando por los siglos
cual viejos cascarones calcinados
que se iluminan de nuevo
a la luz de los crepúsculos enrojecidos

He aquí lo que fue: Tierra, negros, asnos y barriles,
todo fue marcado al hierro.
Letra por letra la palabra se hizo carne,
llagas en el cuerpo, huellas en la memoria.
No era ya en el canto del hombre,
no era ya un raudal de pétalos que se abren al caer,
no era ya una red de aire que nacía
en la fragmentación del ser,
un hilo de humo, un soplo, una vida...

Que un pueblo se levante en este lugar
entre las hileras de piedras blancas
y en el cruce de las flechas cenicientas,
que un pueblo, clamo, se levante
en su ropaje de errancia,
que libere su canto y lo alumbre
con las antorchas de los flamboyanes...!

Hoy el hombre no habla ya,
no tiene ya la sal invisible entre sus dedos
ni desgrana el maíz;
no viste ya soles ardientes
ni lleva máscaras multicolores.
Olvida ya la tierra la huella de sus pasos.
Ha ocultado ella su fuente
y le ha vuelto a cerrar su lecho de amante:
sólo quedan ya la ortiga y el cactus;
allí fue la carne desgarrada
hasta su esqueleto de toba.

Y nosotros seguimos, seguimos
a nuestro paso de hombre,
y maldecimos de lo humano.

